

# Violencia y discurso

*Ignacio Díaz de la Serna\**

La violencia socava el fundamento precario de todo proyecto. Irrumpe siempre en el ámbito de la armonía y de la transparencia, desmoronándolas. Movimiento de brusca sorpresa, trastorna el orden del mundo, la tranquilidad de los seres, el remanso del espíritu. Por consiguiente, violencia es siempre una fractura en el mundo, en los individuos, en el espíritu.

No es raro que la violencia se confunda con la animalidad. Se confunde, además, con la naturaleza, con el deseo. Oponiéndonos a la violencia es como hemos logrado volvernos humanos. La razón, entre otras cosas, es el elemento que paraliza en nosotros la violencia. De tal suerte, la violencia es postulada como antirrazón, y la razón, no violencia. Sin embargo, me parece importante darnos cuenta de lo siguiente: si la razón es la exclusión de la violencia, entonces esta última es lo que delimita a la razón. La paradoja que entraña este razonamiento es fehaciente: siendo la razón la única que tiene la capacidad de definir, de pronto se encuentra definida por lo que, a juicio suyo, es indefinible. A modo de solución, podríamos otorgar a la violencia una primacía en relación con la razón, pero esa violencia tiene que ser por fuerza exclusivamente “potencial”. Para que sea violencia en cuanto tal, es necesario que se desarrolle una razón que formule una noción de medida, de límite, y desde la cual designe a la violencia, claro está, negativamente, como desmedida. Es cierto que la razón permite definir la violencia como indefinible. Pero, el carácter negativo de la violencia es secundario comparado con el carác-

\* Profesor e investigador, Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma de Morelos. Correo electrónico: [idiazser@avantel.net](mailto:idiazser@avantel.net).

ter negativo de la razón. Así, la razón es negación de la violencia. Y esto es lo que solemos sostener cuando afirmamos que la violencia es la negación de la razón. En todo caso, sería más correcto decir que la violencia es *ante-razón* porque precede y excede a la razón.

La razón, el trabajo, el saber, toda suerte de prohibición y el discurso en el orden de lo político son maneras de oponernos con firmeza, de decir un “no” rotundo a la violencia. Estamos convencidos de que somos capaces de eliminar la violencia. Convencidos, cosa curiosa, pese a que jamás lo conseguimos. En efecto, la violencia nunca puede ser eliminada del todo. A lo sumo, puede ser refrenada durante un cierto tiempo, pero ningún trabajo, ningún saber, ninguna prohibición, ningún discurso, ofrece la garantía de erradicarla para siempre del mundo y de nuestras vidas. Tarde o temprano tenemos que aceptar que la violencia es tan irreductible como lo es la muerte. Aun cuando echamos mano a la negación racional de la violencia, tras lo cual la consideramos inútil y dañina, persiste tercamente lo que nos afanamos en negar. ¿Qué objeto tiene, pues, negarla, si nada hay que la reduzca o que la haga desaparecer?

Por otro lado, nunca nos hemos retraído completamente de la violencia. Nunca hemos proferido contra ella un “no” definitivo. En momentos de debilidad, nos resistimos a seguir el movimiento de la violencia que bulle en la naturaleza y en nuestras sociedades; momentos que constituyen tan sólo un lapso, no una erradicación de ese movimiento. Toda prohibición de la violencia, por ejemplo, promueve su transgresión aleatoria (criminal) y ritualizada bajo formas precisas: la fiesta, el sacrificio, etc. A través de nuestra laboriosidad, edificamos eso que llamamos “mundo”. Pero ahí, en este mundo nuestro, subsiste un fondo de violencia excedente. Por más razonables que intentemos ser, esa violencia se apodera de nosotros y nos domina. Y a esa violencia —digamos— “natural” se suma la violencia involuntaria que nos imponemos para poder mirarnos como seres razonables. En resumidas cuentas, una doble violencia —la que persiste en la naturaleza y la que suscitamos en nosotros mismos— nos arrastra en ese movimiento que la razón no puede cancelar ni dominar.

A modo de defensa, instauramos la racionalidad mediante el acto de producir un mundo fundado en las cosas y las relaciones entre

ellas que facilitan pregonar su inteligibilidad. La razón se proporciona entonces un territorio reservado para sí, construido gracias al trabajo, a la vez que deja fuera de él a la violencia. Luego de trazar esta suerte de círculo mágico, aquello que ha quedado más allá de sus límites interiores flota errante en el éter de la irrealidad, estigmatizado con el nombre de “barbarie”.

Hay un lugar donde el discurso en el orden de lo político arroja lo que decide rechazar. Los residuos lanzados allí escapan a la injerencia de dicho orden y escapan a su dominio, a su voluntad de abarcar todo. No sorprende entonces que lo que se encuentra fuera de la órbita de ese orden represente una amenaza que pone en constante peligro la hermosa armonía conceptual lograda por su discurso. La desmesura violenta continuamente los límites dentro de los cuales se ha inscrito el discurso de lo político como saber y como práctica.

Ha sido común considerar a la violencia excedente como la antítesis más radical de ese orden. Esta idea se remonta al acto mismo que le dio origen. En efecto, el orden de lo político nace como una decidida oposición a la violencia, la cual será señalada desde ese momento como “negatividad primitiva” y asimilada a un estado de “barbarie”. Sin embargo, y considero que es necesario subrayarlo, nace a partir de ella y se aleja a tal grado que olvida el relato de su nacimiento, ya que le parece un recuerdo vergonzoso. Su fortaleza reside en esto: tras rechazar la violencia, lo político es el único discurso capaz de delimitarla y dominarla mediante el subterfugio de hacerla aparecer como una negatividad particular. El discurso en el orden de lo político se contrapone a la violencia del mismo modo en que lo universal (el Estado) es lo opuesto a lo individual (el ciudadano). Y esto constituye la prueba irrefutable de cómo el discurso en el orden de lo político sólo puede “fundamentar” la violencia en la medida en que la suprime.

El orden de lo político representa entonces la violencia como su *completamente otro*, lo que es radicalmente distinto a ella. Y entender en estos términos lo que *no es él* proviene de un intenso trabajo de homogeneización. Suponer que ese orden ha determinado a la violencia es poco menos que una insensatez. Ha sido la violencia, por el contrario, la que lo ha determinado siempre, ya que aquél se

ha desarrollado, entre otras condiciones, oponiéndose férreamente a ella. Así, la coherencia del discurso se yergue como la medida universal.

La violencia es y sucede independientemente de un sistema de representaciones, fuera de todo tiempo, fuera de todo saber, orden o práctica en el orden de lo político. Nada puede constreñirla a una medida común de comprensión. A lo más, podríamos reducir la violencia a ser el objeto de una voluntad reflexiva y, en consecuencia, racionalizarla. Así, el orden de lo político la designa, la señala y la categoriza, simple artimaña de la que echa mano para evitar ser desbordado por la violencia. Cuando habla de ella, casi siempre con el propósito de denostarla, la reduce a la condición de elemento dentro de la estructura implacable de la coherencia y de la homogeneidad, así como también la reduce a un tiempo preciso, tiempo determinado que ocupa, ya como objeto del pensar o del decir. El orden de lo político edifica su integridad en estricta confrontación a lo que reside más allá de sus límites, que es la violencia que lo excede. De tal suerte, él mismo se yergue como el polo opuesto de la violencia. Inventa una tensión entre dichos polos, inventa un *dialogos* que los relaciona entre sí, e inventa una unidad ideal que termina por borrar esa diferencia y aclama, en el momento adecuado, o bien la Gran Reconciliación, o bien el Momento del Ajuste de Cuentas. El reino ordenado de las palabras proclama ahí un supuesto Orden Moral de por sí tambaleante. Gracias a las bondades de la demagogia política que hoy día prevalece, el discurso se sitúa por encima de la realidad que él evoca. A pesar de la subordinación que promueve el lenguaje a ese reino de la medida, la violencia permanece irreductible y se calla.

“El momento adecuado” al que acabo de referirme es el momento actual que nos ha reunido hoy. Si de algo somos incapaces es de aceptar que tenemos una sed inagotable de catástrofes. Aun aceptándolo, supongo que no sabríamos cómo satisfacerla. Y cuando se nos presenta alguna oportunidad, nos asustamos.

Hoy estamos asustados, por mucho que lo ocultemos. Tal vez el camino para sobreponernos a este momento actual consista en comprender de una vez por todas que la violencia, al igual que la muerte, es uno de los dos únicos sucesos genuinamente extrapolíticos

que tienen cabida en el mundo. Mientras tanto, sumergidos en el orden de lo político, continuaremos hablando y produciendo argumentos. Como si el asunto fuese cuestión de palabras, de lágrimas o de ejércitos enviados a combatir quién sabe contra quién y dónde. El enemigo, al parecer, es una fantasmagoría. Pero es real porque alguien la ha soñado.